

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena: Liberato Montolla y Garcia, Mayor 24, Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Viernes 8 de Marzo.

El Eco de Cartagena

LAS SIETE PALABRAS
QUE DIO CRISTO EN LA CRUZ.

Primera palabra.

Padre, perdónalos que no saben lo que se hacen.

Ha comenzado el último canto de la gran epopeya cristiana.

Jesús está clavado en la cruz, y el Gólgota repite sus palabras sublimes.

El espíritu del Dios creador ha penetrado hasta su fondo el corazón del hombre.

Ha tocado una por una todas sus fibras; ha hecho vibrar todos sus sentimientos y no ha encontrado más que orgullo y ceguera.

Por eso Jesús ha pedido su perdón.

Por eso compadece a sus feroces enemigos y morde a sus verdugos.

Y ha elevado los ojos al cielo de su Padre.

Y ha dicho con la boca y con el espíritu:

«Perdónalos, Señor, porque son débiles y mortales:

Porque tienen hambre de placeres y sus pechos se despedazan bajo el dolor:

Porque la codicia y la ambición les comen las entrañas, y sus ojos se hunden, y sus almas se apagan:

Perdónalos Padre mío, porque al más leve soplo del huracán de tu ira pudieran deshacerse; como las nieblas a la salida del sol, como la esperanza al contacto de la muerte:

Perdónalos, porque tronchados cual débil caña por el hacha del dolor, vendrán mañana a tí arrepentidos y sumisos para que tu vista les dé consuelo en su aflicción:

Y vendrán con ellos sus hijos y mujeres:

Y traeran inclinada la cabeza, cubierta la frente por el cabello, los ojos llenos de lágrimas, y las manos cruzadas:

Y volverá a tí tu soplo divino, li-

bre del cuerpo a que le ligaste, para gozar de un éxtasis indefinible.

Perdona, Señor, perdona: tú eres grande y tuya es la misericordia: el hombre es pequeño y te ofrece su arrepentimiento.»

Es el amor de Jesús el que pide.

La súplica no queda estéril.

El ciego que se dirige al precipicio que no ve; que blasfema por que no sabe admirar; que ignora porque no entiende el lenguaje del pensamiento, abre sus ojos y encuentra una mano que le guía.

En lo alto del cielo ha resonado la hermosa palabra.

Perdon, repiten los coros de ángeles con sus voces melodiosas.

Y los ecos de esa voz querida, que se ensancha magestuosa y lentamente, llena los valles y los montes, las ciudades y las aldeas.

Un rayo de sol baja solemne y tranquilo a iluminar la faz de la tierra.

Un pueblo inmenso le recibe arrojado.

ES EL PERDON DE JESUS.

[Se continuará.]

De nuestro apreciable colega la «Revista Marítima» de Barcelona, copiamos el siguiente interesante artículo, con cuyas opiniones estamos completamente de acuerdo.

LAMARINA INSCRITA.

Cuando en 1868, entre los muchos gritos revolucionarios que se dieron, el pueblo añadió el de «abajo las matrículas», el que escribe estas líneas era aun muy joven, y por consiguiente no apreció en todo su valor dicha petición popular.

No hay que dudar que con el nombre de matrículas se confundió el de quintas, esto es: el pueblo creyó que quitando las quintas, las matrículas no tenían razón de ser. Esto está muy corriente mirado bajo este prisma, pero teniendo en consideración los perjuicios que reporta la falta de una verdadera inscripción marítima, ya la cuestión cambia de especie.

Hemos dicho varias veces en las páginas de esta publicación, que el hombre de mar, a pesar de ser lo

que vulgarmente se dice, de carne y huesos como un terrestre, es completamente distinto moralmente hablando, es como el pez, que muere fuera de su elemento.

En nuestro concepto, toda nación marítima, y con mayor razón teniendo vastas y ricas colonias, debe tener un personal marítimo compuesto de hombres experimentados e instruidos en el difícil y penoso oficio del marinero, y este personal solo puede obtenerse con la inscripción marítima.

Actualmente el buen personal de nuestra marina desaparece por momentos, hoy ya no salen tripulaciones enteras de un mismo pueblo sino que es preciso mendigar por el muelle hombres de todas las provincias y hasta extranjeros, sin que sean conocidos y de honradez dudosa, pues hay prójimo de estos que navega con dos ó más documentaciones distintas.

Antes, un buque era el patrimonio de toda la tripulación, desde el capitán al grumete todos de un mismo pueblo, formaban una familia que al cariño acompañaba el más severo respeto. Al salir a viaje, el pueblo todo de donde eran hijos, los despedía con lágrimas, a su regreso los recibía con alegría, esto es, lloraba sus pesares y celebraba sus nuevas felices. Las tripulaciones navegaban años seguidos sin separarse, en un mismo buque; y era gran descrédito para un marinero, el contar solo un viaje en un buque sin causa justificada.

La honradez de la gente de mar ha sido proverbial, y seguramente no hay lector que no haya leído alguna novela ó visto representar alguna comedia en donde el protagonista es un marino que despunta en rasgos de nobleza y hasta de heroísmo.

De estas buenas cualidades de la marinería también disfrutaban, y no poco, los armadores, pues sus naves iban servidas por gente que se interesaba por ellas, y que les tomaba el cariño que se toma a un buque cuando hace algun tiempo que con él se navega, cariño incomprensible para el que no es marino.

Hoy con la gente que se embarca, marineros de nombre muchos, pocos son los que siguen dos viajes seguidos en un buque, miran a los oficiales más bien como amos que como compañeros superiores, hacen el trabajo sin interés y solo como a cosa forzada, y por cualquier capricho se desembarcan en cualquier punto sin atender a los perjuicios que ocasionan al buque, ó piden un plus de salario injustificado.

En la marina, sin inscripción, resulta que los buenos marineros se van, los unos emigran a América, otros se quedan en tierra en cualquier industria; y solo queda la escoria para las habilitaciones de tripulaciones. Estamos en la seguridad que no sale una «barcada» de este puerto, mayor de 10 hombres sin que se tenga que recurrir al contingente de manilos que forman una mayoría en nuestro muelle.

Sin «inscripción», la marina cuenta con un personal flotante que no le pertenece, esto es: con la gente que pasa de mar a tierra y vice-versa, según estén las buenas condiciones para ganar un jornal. Gran perjuicio tiene también el Estado en esto, pues que nunca se puede saber, con qué número de marinería puede contar la nación en caso necesario.

La «inscripción marítima» hace una familia de toda la gente de mar, y ya por el aislamiento de la vida, propio a tan ruda profesión, ya por la disciplina que impera a bordo de las naves, podemos decir que la marinería forma un núcleo semi-militar de gran utilidad para la Patria en caso de guerra, como aconteció en la vecina República cuando la guerra franco-prusiana, que la marina inscrita formó en los batallones sin recompensa alguna, y siendo admirada por su valor y disciplina.

La marina ha de ser un oficio que tenga el campo de sus atribuciones bien deslindado, como los demás oficios terrestres que forman asociaciones para el trabajo y monte-pío para enfermedad ó vejez. Esto la marina solo puede hacerlo con «inscripción» sin que ningún terrestre se mez-